

# Metafísica de la materia

Manuel Béjar Gallego

Cátedra Ciencia, Tecnología y Religión  
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)  
E-mail: mbejar@recuerdo.net

Hace dos años iniciábamos un programa intelectual que nos haría recorrer una selección de los grandes hitos de la ciencia moderna analizados desde la perspectiva del siglo XXI. Hoy nos corresponde cerrar este estudio con una reflexión sobre la naturaleza de la materia y su expresión en la existencia de fenómenos físicos, biológicos y neurológicos, que hemos descrito en una docena de artículos publicados en *Razón y fe*. Aunque siempre nos hemos deslizado por la ladera más filosófica de la ciencia y hemos reflexionado metafísicamente sobre los fundamentos de la materia, ahora queremos ir más allá y dedicar todo un artículo a pensar metafísicamente la materia. No se trata solo de una síntesis, sino más bien la puesta en escena de un estilo de hacer metafísica desde la ciencia, junto a algún apunte personal.

No puedo ya seguir sin reconocer el valor de una obra sin igual en

el pensamiento metafísico<sup>1</sup> donde se hace patente la exigencia de mucho pensamiento propio para adentrarse en los fundamentos de una realidad material, que se manifiesta físicamente en el entorno y en nuestro propio ser. La fuerza de esta reflexión metafísica deriva de la coherencia del discurso construido por la lógica de la razón acerca de las propiedades no cuantificables de la materia. No se trata de un discurso puramente científico. Por su propia definición no se exige la comprobación experimental de sus deducciones; aunque sí es deseable que esta argumentación lógicamente construida sea, cuanto menos, compatible con los resultados de la ciencia.

La materia es un hecho tanto para la ciencia como para la filosofía. Se puede cuantificar científicamente

<sup>1</sup> Cf. M. CARREIRA VÉREZ, *Metafísica de la materia. Núcleos temáticos de filosofía de la naturaleza. Materia no viviente*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1993.

y por eso la ciencia trata de las transformaciones mensurables de la materia. Es decir, de su actividad física. Este proceder físico de la materia queda descrito mediante leyes científicas, que no cuestionan la existencia y propiedades de lo material. Simplemente se dan por supuestas: la materia existe y se determina de tal manera. La metafísica de la materia hace una reflexión desde los conocimientos empíricos hacia la ultimidad de la materia. Este discurso filosófico se proyecta hacia niveles más profundos del ser de la materia. ¿Qué es últimamente la materia? ¿Puede la realidad física surgir de un modo natural? ¿Existirá la materia por siempre? No hay respuestas completamente satisfactorias a estas preguntas. Es más, abordar su respuesta provoca el vértigo de construir vanamente un mundo de ideas sin cimientos. Esta sensación vertiginosa se incrementa cuando desaparece totalmente la perspectiva de lo empírico, olvidando o ignorando los descubrimientos experimentales de la ciencia.

La existencia de la materia parece obvia. La metafísica de la materia pretende esclarecer los fundamentos de la materia partiendo de los conocimientos de su actividad física. Pero, la reflexión científico-metafísica sobre la realidad material tan solo desvela su naturaleza enigmática. La tarea de la metafísica es comprender la

materia con mayor profundidad que el conocimiento estrictamente científico. En este sentido la metafísica de la materia trata de alcanzar la esencia de lo material, más allá de sus manifestaciones físicas, y descubrir así un fondo de unidad bajo tanta diversidad de fenómenos. Si de este fundamento común deseamos explicar la multiplicidad de realidades físicas, hemos de presuponer que la materia es susceptible de cambio. La materia en el comienzo del universo era radiación. Tuvo que dejar de ser radiación para empezar a ser algo distinto, esto es, el conjunto de partículas físicas que hoy conocemos.

¿Qué entendemos por materia? Los físicos se presentan con humildad al reconocer que la actividad física de la materia mejor conocida tan solo se corresponde con un pequeño porcentaje de la existente en el universo. Cuando se pregunta a un físico por la definición de materia siempre se responden ideas sobre su actividad física. Sin embargo, podemos preguntarnos qué es la materia en última instancia. Necesariamente el origen de la actividad física de la materia implica la referencia a una meta-realidad fuera del orden físico. Sin este presupuesto nada puede deducirse en ciencia, pues en física no hay posibilidad de crear materia. De distintos modos siempre se recurre a una realidad

metafísica, más allá del tiempo, que algunos identifican con una ontología divina y otros prefieren referirse a una meta-realidad más mundana.

En física todo cambio presupone una duración. Todo lo físico es finito y susceptible de un cambio accidental en el valor de una magnitud que varía en el tiempo o en la modificación estructural propia de una transición de un estado pasado a otro futuro. Más allá del tiempo, bien pudiera existir una entidad real de donde emerge toda la realidad física repleta de cambios accidentales. Los cambios accidentales de la materia física son producidos por las interacciones físicas de la materia, que ordenan los fenómenos en concatenaciones de causas y efectos. La activación física de esta meta-realidad exige necesariamente algo más que un cambio accidental. ¿Cómo puede producirse el cambio que introduce a la materia en la dimensión temporal? Se exige necesariamente una causa metafísica que provoque la transición desde la entidad real eterna a la realidad física temporal. Esto es, el paso de la materia germinal a la materia en actividad física. O más filosóficamente, de la realidad última del meta-universo al universo del orden fenoménico.

Se trata de cuestiones muy difíciles de responder porque abordan

la naturaleza última de la materia. La verdad es que la reflexión filosófica desde los conocimientos científicos nos sitúa ante la incertidumbre metafísica del universo físico. Y ante tanta incertidumbre no puedo seguir adelante sin referirme a otra gran obra que ha abordado la cuestión del enigma metafísico del universo<sup>2</sup>.

No es obvio que el universo deba existir. Ninguna ley física recoge la necesidad de su existencia. Ni mucho menos aparece comprobación de su autosuficiencia. Su existencia es sorprendente, enigmática, misteriosa... La ciencia no puede decir con certeza qué es el universo, cómo ha sido producido y qué lo mantiene. En ciencia no hay señal que nos indique cuál es su naturaleza fundamental. No hay patencia de una verdad última absoluta. La falta de iluminación científica ante el fundamento de la realidad material nos proyecta necesariamente ante el enigma de su razón de ser. Esta borrosidad metafísica no permite seguridades en su consistencia ni en su origen. No hay una razón suficiente en ciencia que nos hable de la aparente estabilidad de nuestro universo físico, ni existe ley que pueda aplicarse a la puesta en marcha de su actividad física.

---

<sup>2</sup> Cf. J. MONSERRAT, *El gran enigma. Ateos y creyentes ante la incertidumbre del más allá*, San Pablo, Madrid 2015.

Vemos cómo la ciencia, que nace con la intención de conocer el mundo de fenómenos, se orienta últimamente hacia sus fundamentos metafísicos. Usa una metodología centrada en la experimentación. Sin embargo, sabemos que los científicos entran con frecuencia a especular en temas metafísicos. La ciencia pretende conocer la verdad, aunque camina precariamente hacia su objetivo. Resulta una búsqueda sin término.

En física clásica se habla del espacio-tiempo como tejido de la realidad. Más modernamente la física cuántica prefiere situar el principio básico en esa realidad material llamada vacío cuántico o fondo efervescente de energía. En la actualidad la ciencia concibe que el universo se ha producido desde las propiedades ontológicas y dinámicas de la materia. En este sentido la ciencia es así monista. Todo se ha producido por un principio único, la materia, que es últimamente desconocido. La ciencia puede especular acerca de la metafísica última de la realidad, pero no impone una metafísica concreta y su determinación queda abierta a la libertad valorativa del hombre. Ahora bien, en la evolución de este principio ha surgido el orden observable en nuestro universo físico, biológico y psíquico.

Esta diversidad de alternativas metafísicas es coherente con el conocimiento borroso de una ciencia, que está últimamente abierta a las grandes incertidumbres de nuestra existencia. En ciencia los hechos no se discuten, pero pueden ubicarse en distintos marcos epistemológicos que presuponen necesariamente un fundamento metafísico. Esta metafísica última puede orientarse desde la idea de Dios en la perspectiva teísta y también desde la perspectiva de un puro mundo sin más. Ante el gran enigma no podemos sino movernos intelectualmente inmersos en la borrosidad intelectual de nuestra existencia. Pues bien, la sensación actual de este gran enigma frente a la patencia de verdad de otros tiempos es uno de los perfiles característicos de nuestra cultura moderna.

Decíamos al principio que finalizaríamos con un breve apunte metafísico. Supuesta esta borrosidad metafísica que nos sumerge en la incertidumbre de la existencia, se hace posible vivir en coherencia desde la idea de un orden natural que obedece al diseño de un plan divino o en la asunción de un puro mundo autosuficiente. En ambas perspectivas existenciales el fundamento último se mantiene en el enigma de la incertidumbre metafísica: un Dios silente o una materia eterna. Dios o la suficiencia de la materia se ocultan tras la

barrera físico-metafísica. ¿Cómo es posible que posicionamientos tan divergentes sean coherentes? En definitiva, contamos entre nosotros con ateos y creyentes. Pero, algunos dirán que poco importa la diversidad de personas con más o menos fe. Que lo importante es que se clarifique esta borrosidad, que se concrete en un Dios o en un puro mundo.

En el paradigma cuántico puede existir simultáneamente una coexistencia de estados, incluso de estados antagónicos. Nos referimos a estados cuánticos donde aún no están definidas algunas propiedades que parecen obvias en el orden de los fenómenos, cuando tomamos conciencia de que las cosas son como son y no de otra manera. Decíamos que en el régimen cuántico había una carencia ontológica que se completa al finalizar la transición hacia el régimen clásico. Y una vez concreta, ya podemos observarla y hacernos conscientes de sus propiedades ontológicas. Pero hasta entonces, el sistema evoluciona en la incertidumbre.

Pues bien, sería razonable pensar que esta meta-realidad asumiera las propiedades cuánticas; al menos, parcialmente. La consecuencia de esta falta de concreción hace posible una diversidad de metafísicas desde la perspectiva fenomenológica de nuestros

estados clásicos de conciencia, siempre caracterizados por su unidad y coherencia. Como seres conscientes esta incertidumbre nos inquieta, nos interpela y nos desconcierta, porque deseamos que se concrete. En nuestra conciencia no cabe la incertidumbre de los estados de superposición cuántica. El estado de conciencia es único, concreto y bien definido. Por este motivo resultan incompatibles la indefinición clásica de la meta-realidad y la posibilidad de experimentar un estado consciente de esta meta-realidad.

La falta de concreción metafísica al estilo clásico provoca esta inquietud existencial en nuestra conciencia. Podemos entender que exista una superposición cuántica metafísica, pero en conciencia solo nos complace una realidad metafísica concreta. Sabemos que un sistema cuántico se halla en estados de superposición de estados clásicos; aunque nos cuesta asumirlo, porque la experiencia nos enseña que solo observamos estados clásicos. Así podría ser también en el terreno metafísico. Hablaríamos de un fondo de la realidad que opera al estilo cuántico y asume simultáneamente varias concreciones metafísicas clásicas. El creyente ve a Dios como una posible concreción ontológica de esta meta-realidad y el ateo contempla otra concreción bien distinta en términos de un vacío cuántico del que brotan

múltiples universos. Pero, en el fondo, bien hay Dios o más bien un puro orden material. Y esta incertidumbre nos desafía existencialmente.

Quien se comprometa existencialmente por fundar el mundo sobre una ontología divina, un creyente, deberá asumir que Dios diseña un mundo físico que evoluciona lentamente hacia la complejidad biológica hasta producir a seres conscientes e inteligentes capaces libremente de vivir sin referencia a Dios. Es decir, Dios hace posible un mundo donde existan ateos. Quienes decidan fundar el mundo

sobre una ontología puramente material, los ateos, deberán también asumir que la materia germinal hace posible la ilusión de Dios en la conciencia de muchos. Es decir, el puro mundo genera un orden físico que produce la idea de Dios.

En conclusión, entender metafísicamente que esta meta-realidad pudiera ser una realidad cuántica supone entender mejor la coexistencia de ateos y creyentes. Su borrosidad metafísica hace posible posicionarse libremente de uno u otro modo ante al gran enigma de la existencia. ■